

INTERIOR DE RELOJ

AVERIADO

Entre los poquísimos recuerdos que conservo íntegros, hay uno de una noche en que desperté desorientado. Se me había borrado mi nombre, qué casa era aquélla, quién era yo y quién la persona que respiraba a mi lado. Así deben sentirse los niños al nacer, y quizás por eso lloran angustiados. Sólo que, para ellos, se trata de un llanto pasajero, en la medida que van entendiendo el mundo o haciéndose entender por él. Para mí es distinto. Lo de entender, digo, que todo siga el curso establecido sin contar conmigo.

Ni comprendo las reglas del porvenir, ni recuerdo los días que he vivido hasta hoy. Se me antojan una película borrosa, llena de agujeros donde se ha quemado el celuloide. No sé, por ejemplo, quién es esa señora con un cuidado moño de peluquería, cuya fotografía luce en la mesita del salón. Se le parece mucho la chica morena que todas las mañanas me hace una caricia en el pelo, mientras me pregunta cómo he dormido. Luego me mira con ternura, y al no sentirse reconocida me repite su nombre: “¿No te acuerdas? Soy yo,…” Ehh... ¡Demonios! Todas las mañanas me dice cómo se llama, y al rato ya se me ha olvidado.

El que no se me despinta es el otro muchacho que viene a verme diariamente. Delgado, de ojos penetrantes y larga nariz, es mi vivo retrato. Mi hijo, sin duda. Se queda junto a mí como un pasmarote desubicado, y cuando se marcha lo oigo deliberar con la chica morena en el recibidor, muy preocupados los dos.

Dentro de mi cabeza hay vida, lo sé, sólo que reducida a la más elemental de sus expresiones: apenas un latido, que se transmite a través de este vacío pastoso con el que pienso, como piensen tal vez los peces. Y hago comparaciones como ésta de los peces o aquélla de los recién nacidos, y cualquiera de ellas puede ser la última. Vagamente intuyo que esto de generalizar es un lujo efímero para un hombre que, al despertar, tiene

que hacer recuento de los daños ocurridos durante el sueño. Así todas las mañanas. En alguna de ellas se me debe haber olvidado la manera de producir sonidos, como veo hacer a los demás para comunicarse. Siento la garganta como un instrumento que no sé tocar, aunque todavía tengo memoria para el nombre de las cosas. Me resulta innecesario, por ejemplo, que a la cuchara le hayan adherido una pequeña etiqueta donde han escrito “*cuchara*”. Sé cómo se llama, lo que no puedo es pronunciarlo.

La chica morena se ha presentado con una señora que viste una bata de rayitas celestes y me contempla con profesional atención. Aunque más joven que yo, es ya una mujer madura, que me dice su nombre, “Teresa”, mirándome fijamente y deletreándolo, como la que lanza un mensaje al universo para que lo capten los extraterrestres, doquiera que se encuentren.

Teresa pasa conmigo la mayor parte del día. Es muy afectuosa, me levanta, me acuesta y me acompaña del brazo a caminar por la casa, siempre con gestos de algodón. También me da de comer, yo no tengo pulso para hacerlo. Es Teresa quien, con la servilleta en una mano, con la otra me lleva a la boca la... ¿cómo se llamaba? Esa especie de cuenquecito con mango, con lo que se toma la sopa... ¡Qué pena! Me ponen las gafas para que pueda leer los letreritos, pero debe de haberme subido la graduación y no veo bien. Son sencillas piezas que fallan en mi organismo, desperfectos acerca de los que no puedo alertar para que me los reparen. Recuerdo –porque el dolor se marca en la memoria como un hierro candente- que el otro día estaba rabiando con una muela, y todo lo que podía hacer era maullar como un gato. Teresa me dio analgésicos a ciegas, sólo porque me veía sufrir.

He debido ser un hombre importante. La casa está llena de muebles antiguos y caros, que posiblemente incrementen su valor pero también la vuelven sombría y deprimente para mí. Hay un despacho forrado de libros hasta el techo, diplomas y

títulos con lacres. Y fotografías enmarcadas en las que me veo tieso y apuesto, acompañado de personajes solemnes, aunque no tanto como yo. En una especie de vitrina acristalada, iluminada por un interruptor, se exhiben medallas y condecoraciones sobre un paño de raso granate, que cruza una banda azul con un escudo bordado.

Sí, he debido ser todo un personaje. Lo pienso, con el trabajo que me cuesta pensar, mientras Teresa me está secando, después de bañarme. Me restriega el pecho y las piernas con la... ¿Cómo se llama ese gran trapo de rizo que se pasa por la piel mojada? Debe decirlo en la etiqueta que cuelga de una esquina, pero aunque pudiera leer las letras, no sabría ensamblarlas. Todavía recuerdo que son letras, pero desde hace un tiempo, no sé cuánto, las letras se han quedado mudas.

¿Por dónde iba? Teresa está acabando de secarme las ingles cuando noto que me orino encima. Trabajo perdido el suyo. Tendrá que volver a lavarme antes de colocarme el pañal. La veo suspirar mientras levanta los ojos hacia los míos. Teresa, que sabe leer dentro de mí, debe haber captado que yo también lo siento. Ella esboza una sonrisa paciente mientras me consuela: “No se preocupe, don Adolfo. Ahora arreglamos el estropicio”.

Aunque no me sirva para articularlo, lo que más temo es olvidar su nombre. Teresa. Teresa. Una rama a la que aferrarme en medio de la corriente del olvido que me lleva. No, no quiero que esta enfermedad –cuyo nombre técnico, por supuesto, no recuerdo- se me lleve también el de Teresa, que me cuida. Si conservo en mi cabeza su nombre, doy por bien perdido el de todo esto que me está pasando.